

3. Ganas de primavera

27 de marzo. Una **alondra** canta y canta en el cielo, desafiando al viento. Se deja caer lentamente y, al fondo, el macizo de Monte Perdido lleno de nieve. Abajo, el cereal ralo, pero verde. Una imagen que paga con creces la caminata.

La primavera se hace esperar en la Baja Ribagorza. Ya el día es más largo, pero las noches aún son frías, suele helar un poco cada mañana y al sol le cuesta imponer su ley. Las exiguas matillas del cereal de invierno, que apenas han crecido desde enero, revisten los campos de un verde brillante. Vistos desde lejos, parecen un prado. Los almendros ya están en flor; los brotes de los cerezos y otros frutales están a punto de abrirse. Quejigos y encinas, en cambio, permanecen con su aspecto invernal, sin hojas unos, verde oscuro las otras. Las heladas tardías acechan y ellos no se van a dejar sorprender, pues su ciclo anual depende de la cantidad de horas de luz antes que de la temperatura. El fotoperiodo es un valor fijo para cada época del año, mientras que el termómetro sufre unos altibajos considerables, y parece que cada vez más.

Aun siendo hermosa la flora y sus indicios primaverales, atraen más mi atención los de la fauna. Destaca entre ellos la alondra que canta en el cielo. Las totovías también, pero como estas lo hacen incluso en pleno invierno, no me resultan tan anunciadoras del renacer vernal. Los cantos de totovías y alondras están en lo alto de la lista de preferencias de los pajareros. Además, como se dedican a ello

muchas horas —tanto aquellas como estos—, desde las primeras luces del día hasta que anochece, es fácil oírlos e identificarlos.

Sencillamente espectacular

El canto en vuelo de la alondra es uno de los espectáculos más hermosos de la naturaleza. Puede parecer exagerada esta afirmación, ahora que calificativos como «espectacular» o «lo más» se otorgan a cualquier cosa. Por ejemplo, a tirarse desde un puente atado a una cuerda o subir a no sé qué edificio de no sé dónde para hacerse un *selfie*. ¡Qué ganas de complicarse la vida! Tal vez sea cuestión de sensibilidades, o de gustos, pero invito a cualquiera a que escuche cantar a una alondra. Es gratis y no hay que ir demasiado lejos: su hábitat son los cultivos cerealistas y también los prados subalpinos. Aunque más vale no dejarlo para dentro de unos años, porque cada vez quedan menos. Hay que ir con calma, con los sentidos abiertos, sin ruidos, sin auriculares, deteniéndose un rato para mirar y escuchar —que requiere un poco más de esfuerzo que ver y oír—. Quien halle una alondra cantando, podrá añadir un matiz al concepto de espectáculo y comprenderá a los numerosos poetas y músicos que han hallado inspiración en este pájaro a lo largo de la historia. Como Percy B. Shelley, quien percibió ese bello canto como un elogio de la naturaleza. Tiene mayor fama su esposa, Mary, la creadora de *Frankenstein*, del cual se conoce más la vertiente terrorífica, pero ambas obras denotan una gran sensibilidad. Quizá sea el de Shelley el más hermoso, a la par que descriptivo, poema dedicado a la alondra:

El púrpura pálido incluso
se derrite alrededor de tu vuelo;
como una estrella del cielo,
a la luz del día
eres invisible, pero aún oigo tu estridente delicia.

De Shakespeare a Pink Floyd

Muchos años después, la alondra seguía gozando de estima. Una de las canciones que más me gustan de Pink Floyd es «Grantchester Meadows», del álbum *Ummagumma*. En ella se oye de fondo el canto de una alondra durante todo el tema. Es una canción bucólica y nostálgica, un punto *hippie*, como corresponde a la época en que fue escrita, 1969. No sé si Roger Waters es *birdwatcher*, pero no me extrañaría:

Icy wind of night be gone.
This is not your domain.
In the sky a bird was heard to cry.

No tan lírico, sino más práctico, Linneo, el gran clasificador, fue quien puso el nombre científico a la alondra: *Alauda arvensis*. Para ello, simplemente añadió «de los campos» a la denominación que ya le daban en el Imperio romano, la cual posiblemente derive del verbo *laudare*, ‘alabar o elogiar’. Es curioso que en Huesca se la llame *aloda*, el vocablo más parecido al original latino, similar al catalán *alosa*, el italiano *allodola* y el francés *alouette*. Pero resulta que *alauda* es una palabra celta cuyo significado viene a ser ‘canto magnífico’. Julio César, el emperador romano, denominó así a una de sus legiones de mercenarios reclutados en las Galias, Legio V Gallica Alaudae. El casco de esos soldados estaba rematado por un copete donde lucían su insignia, el cual podía recordar al que corona la testa del ave, sin duda, más modesto. No es la única similitud, dicen que esos galos entonaban eufóricos sus canciones de guerra, con particular entusiasmo al amanecer, como la *alauda*. Ignoro si los legionarios «alondras» eran tan buenos cantores como guerreros o si tomaban la poción mágica de Panoramix, pero se hicieron famosos por su valentía. Tal vez ello motivó la expansión del nombre, en detrimento del original de *galerita*. Este, dicho sea de paso, es el nombre genérico de las cogujadas —*Galerida*—, aves parecidas a la alondra. Aunque Linneo incluyó en el género *Alauda* a otras aves más o menos similares, como calandrias, totovías, terreras y hasta bisbitas, pájaros todos ellos de colores terrosos que hoy están incluidos en géneros diferentes. Complejas disciplinas, la etimología y la taxonomía. En cualquier caso, «canto magnífico de los campos» describe con exactitud a este sencillo pájaro.

La alondra comienza a cantar muy temprano, con las primeras luces del alba y aun antes, cuando en el cielo todavía resplandecen las estrellas y solo un ligero verdor en el oriente hace intuir la proximidad del amanecer. Eso hizo que Julieta la confundiera con el ruiseñor, el cual canta noche y día. El canto de la alondra señalaba la llegada de una nueva jornada y que Romeo hubiera de partir antes de que los sorprendieran, recién casados en secreto. Quizás era un deseo, y no una confusión, dado que a Julieta el tiempo pasado juntos se le antojaba muy corto:

—Oh, Julieta, canta la alondra, he de largarme, pues no deben verme.

—Oh, Romeo, no puede ser, es el ruiseñor quien canta, pues aún es de noche.

—Que no, Julieta, que es la alondra y ya clarea, y como me pille aquí tu familia...

—Ay, Romeo, es que siempre me lío con estos cantos tan hermosos.

—Ay, Julieta, apúntate a un cursillo de ornitología.

Todos sabemos cómo acabó su historia, de manera que ni pudieron dedicarse a la ornitología ni disfrutar mucho más del coro del alba, en el que la alondra es intérprete destacada. Para Shakespeare, el ruiseñor era el rey de la noche, y la alondra el heraldo de la alborada. Canta la alondra al amanecer y sigue con el día ya bien entrado. Lo hace, sobre todo, en vuelo, y por eso en inglés la llaman *skylark*, ‘alondra del cielo’. Y vuela y canta un canto variado, melódico, sostenido durante largo rato, a veces hasta diez, quince o más minutos. Un auténtico derroche de energía, al servicio del marcaje de su territorio de cría, para repeler machos rivales y atraer hembras. No cantan porque sean felices con la llegada de la primavera o de un nuevo día. Con esa manía que tenemos los humanos de humanizarlo todo, para muchos la alondra y otras aves cantan porque son felices, porque están alegres, para transmitir esa emoción. Pero entonces, ¿solo están felices en primavera? ¿Solo lo están los machos, que son quienes cantan en la mayoría de los casos? No, las aves cantan, sobre todo, para proclamar la posesión de una porción de terreno donde reproducirse, encontrar alimento y sacar adelante a sus crías. Cantan por la perpetuación de su especie, no por felicidad. Es más prosaico, pero eso no le resta belleza; puede ser tan o más bella la prosa que la poesía. Que nadie se decepcione, pero a las aves no las ha puesto alguien ahí para alegrarnos la vida. Otra cosa es que, ciertamente, nos la pueden alegrar si somos capaces de pararnos a escucharlas.